El País. 10 de Noviembre, 1987.

FLAMENCO Y 'JAZZ'

Dos músicas nacidas de la pena

ÁNGEL ÁLVAREZ CABALLERO

El festival de *jazz* que durante gran parte de este mes se desarrolla en Madrid, y que después seguirá por otros puntos de España, dedica tres de sus conciertos a la *comunión*, por decirlo de alguna manera, con el arte *jondo*. No es la primera vez que algo así ocurre. De hecho, el flamenco y el *jazz* han compartido escenario, o registro sonoro, o catacumba de bohemios, o estudio de radio o televisión, con una cierta frecuencia. Me parece interesante indagar esto. Por qué a los músicos de *jazz* les suele interesar tan singularmente el flamenco, por qué a los flamencos —por lo menos, a los flamencos con una cierta formación cultural— les seduce habitualmente el *jazz*. Son dos términos que se relacionan, que se exigen mutuamente.

Un día Paco de Lucía se asocia a músicos como Al Di Meola y John McLaughlin y los tres juntos recorren medio mundo haciendo unos sonidos fascinantes que arrebatan a las multitudes. Antes, Charles Mingus había grabado una bellísima saeta. Sabicas, instalado definitivamente en Nueva York, hizo sus incursiones personales por la música que allí le solicitaba desde todos los ángulos. Y Ben E. King incluyó guitarras flamencas en una de sus grabaciones. Chick Corea metió *soleá, seguiriyas* y un montón de temas flamencos —la frase se la tomo prestada a Manolo Sanlúcar— en su bellísimo disco *España de mi corazón*. Jackie Davis comparaba el *jazz* con lo *jondo*, porque "el flamenco ha nacido, como mi música, de la pena, de un dolor que se lleva de generación en generación". Y el otro Davis del *jazz*, el genial Miles, ha declarado en más de una ocasión sentir y amar el flamenco...

No hay que pensar, por supuesto, en una influencia directa del *jazz* en el flamenco, o del flamenco en el *jazz*. Por lo menos con referencia a los orígenes, porque ahora todo es distinto: el poder de los medios de comunicación es absolutamente fabuloso y totalizador, tanto que las fronteras prácticamente han dejado de existir, especialmente para la música. Pero en los orígenes, en los tiempos enigmáticos de la creación del cante —como antes habían sido enigmáticos los tiempos de la creación del *jazz*—, nada nos dice que los *cantaores* de aquellas tonás primigenias conocieran siquiera los *blues* u otros trenos de los esclavos sureños de la América del Norte. Ni a la inversa.

Descartada, pues, cualquier tipo de influencia entre ambas músicas, habrá que pensar en una suerte de afinidad superior que las vincula entre sí quizá más estrechamente que si las influencias directas se hubieran dado de manera explícita.

Ya en 1973 Brook Zern establecía un revelador paralelismo entre ambos pueblos y entre sus cantos/cantes respectivos. Así, los gitanos españoles son descendientes de aquellos gitanos que hace unos siglos se asentaron en el sur de nuestro país, una raza *morena* procedente de otro continente; algo semejante ocurrió con los negros que llegaron a Estados Unidos procedentes de África. Y unos y otros, gitanos y negros, se encontraron *en el sur de una tierra nueva y ajena*, y allí sufrieron leyes crueles, represión y persecución por parte de *la raza mayoritaria de piel más blanca*. La música que crearon, densa y pesimista, *era un testimonio viviente de sus angustias*.

Concesiones

Zern llega a fijar curiosas semejanzas entre artistas del *jazz* y artistas del flamenco. Así, por ejemplo: "Manolo Caracol sabía como pocos lo *jondo* del flamenco verdadero, pero ganó su vida interpretando en público un arte adulterado para conformarse con el gusto popular. Igualmente, Louis Armstrong era un monstruo del *jazz* puro, pero ganó un dineral con sus parodias absurdas ante un público que no sabía escuchar". Y aun cuando se refiere a las tierras en que uno y otro arte vieron la luz, tan distantes entre sí —tan distintas—, Brook Zern encuentra el punto de referencia común: "Todo en la gama del flamenco es *español* y todo en la gama del *jazz* es *americano*, aunque no sea todo la creación de los blancos..."

Paco de Lucía y John McLaughlin este año en San Sebastián.

EFE

Habría que pensar en otras muchas cosas aún. La capacidad de improvisación tanto del *jazz* como del flamenco, en lo que son realmente únicos. Los dos pueblos oficiantes, gitanos y negros, actúan aislados de su medio natural. Y más es lo que va configurando como un espacio común en que las dos músicas se encuentran. Muchos datos nos están diciendo que algún nexo incógnito debe haber entre el flamenco y el *jazz*. Quizá estas audiciones de ambas músicas juntas ayuden a descubrirlo. En cualquier caso servirán para la mutua comprensión, para el recíproco entendimiento.